



Abrazar la cruz

XIII Domingo Ordinario. 2 de julio

El Evangelio de este domingo nos invita a reflexionar sobre las exigencias que conlleva seguir a Jesús, que incluyen renuncia y entrega. En el fondo, se trata de una decisión entre el amor y el egoísmo, porque aunque puede parecer que seguir a Jesús requiera priorizar su camino incluso por encima del amor familiar, Jesús en realidad nos llama a un amor más profundo, menos intimista y más universal. Escuchemos

Evangelio de Mateo 10, 37-42

El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».



Para meditar:

- Como discípulos de Jesús, se nos pide un compromiso total, no un cristianismo "light". Seguir a Jesús supone abrazar la cruz, renunciar a nuestros propios intereses e incluso, si es necesario, estar dispuestos a sacrificar nuestra vida.
- En este sentido, el discipulado no puede entenderse sin la presencia de la cruz. Pero esto no implica una aceptación pasiva del sufrimiento, sino más bien un seguimiento activo, consciente y voluntario de Jesús, acogiendo la cruz como parte de este camino. Este compromiso une el destino del discípulo con el del Maestro: entregar la vida por amor.
- Aquí entramos a la realidad concreta de la cruz en el amor que libera, que amplía nuestro círculo y que desmantela nuestro intimismo religioso, que a menudo nos lleva a ser autoreferenciales e individualistas. Es por eso que se sostiene que la cruz desestabiliza y cuestiona, ya que el sufrimiento de los demás o el de cualquier ser que sufre no puede dejarnos indiferentes.
- Abrazar la cruz nos da libertad para amar más allá de nuestro círculo familiar, nos proyecta a la comunión universal. Porque por su propia naturaleza, el amor exige una apertura creciente, una mayor capacidad de acoger a otros, y a toda existencia creada, en una aventura que no termina y que incorpora todas las periferias (cfr. FT 95).

Por: Hna. Gladys De la Cruz HCJC, Santiago de Compostela, España

Para orar:

Señor, a medida que avanzamos en este camino, permítenos ser verdaderos reflejos de tu amor, dispuestos siempre a entregar nuestra vida por amor, tal como nos lo enseñó nuestro Maestro Jesús. Que nuestra fe no sea pasiva sino activa, y que la presencia de la cruz en nuestras vidas nos fortalezca y de libertad para amar con autenticidad. Amén.